

Sarantis Antíocos, *VENTANA AL MEDIODÍA*
Toledo, Museo de Santa Cruz, 16 de mayo de 2019

Buenas tardes a todos

Quiero agradecer muy sinceramente al Sr. Sarandis Antíocho la deferencia que ha tenido conmigo al proponer mi participación en este acto de significado tan especial para él y para todos los que le conocemos. Les agradezco asimismo a todos los organizadores del acto la aceptación de su propuesta. Ello me permite hablar de la poesía de un griego en un lugar y un ambiente dominado en una parte privilegiada, como podemos ver, por algunas obras, expuestas con un sentido exquisito del recogimiento, del gran creador griego, ahora poeta de las formas y del color, Doménicos Theotokópoulos, el Greco. Unas breves palabras tuyas, procedentes de una anotación a Vitrubio, le sirven a Sarantis Antíocos de prólogo para su libro *Ventana al mediodía*, del que me complace hablar en este momento, con referencias a su producción poética anterior. Un lugar elegido este donde nos encontramos, pues además de lo que se ofrece a nuestros ojos son perceptibles aún, a pesar del tiempo transcurrido, los pasos de otro gran creador contemporáneo del pintor, Miguel de Cervantes. Sarantis Antíocho ha sabido detectar esa cercanía en su escrito “Talleres colindantes: Cervantes y el Greco”.

No es la primera vez que intervengo en la presentación de alguno de los libros de poesía de Sarandis. La última vez, si no recuerdo mal fue en la Biblioteca Nacional hace dos o tres años. En aquella ocasión también intenté destacar el carácter odiseico de su poesía. No era por el tono épico de la misma sino por la modulación lírica del tema homérico que aparece una y otra vez en ella. Nada raro en la tradición helénica. En ella pronto la voz de Calíope (“la de bella voz”, epos = voz), la musa de la poesía épica, movió como un diapasón las cuerdas de la lira de Erato, la musa de la poesía lírica con su variedad de tonos (más tarde también animó a Melpómene, la musa de la tragedia). Un verso temprano de la producción poética de Sarandis me había llamado especialmente la atención, pues condensaba de antemano a mi modo de ver su poesía: *τι το καράβι θα στέκει πάντα στον αφρό*, “porque el barco seguirá siempre en la espuma”. El verso daba cuenta anticipándolo del carácter profunda y extensamente odiseico que recorría su poesía, en la que el *nostos* se renueva constantemente sin posible cancelación definitiva, pues “soy hijo del mar, lo sabes”, como dice en otro lugar. Más que como metáfora entonces entendí aquel verso como alegoría de gran alcance. Hablaba naturalmente de otra cosa, de una virtud indeclinable: “Así, a cualquier puerto adonde me lleves / no me importa. / Allí puede que encuentre la deseada Ítaca / la patria que busco / aunque no se llame Ítaca” (“A Eolo”, en *Hojas de un diario*). En este libro, *Ventana al mediodía*, el tema del regreso abandona decididamente el localismo unívoco y se proyecta en la amplitud del arco de un luminoso mar meridional, tensado de encuentros entre oriente y occidente. Amplitud abierta por la sensualidad y concentrada en el trazo pictórico alusivo de un verso final, así leemos:

¿Orontes o Tajo? Eternas desviaciones de ríos

cópulas de aromas musicales.
Y tú pequeño arabesco carmesí,
arremolinas todo un mar de ocre.

La poesía griega, la lengua griega, que quiso tan temprano ponerle metro al mar, a lo inconmensurable, sigue al cabo de los siglos obstinadamente intentándolo, descubriendo otros caminos que no son sólo los del mar, reapareciendo proteicamente sin perder su aspiración primordial en creaciones en otras lenguas y en otras formas de expresión artística.

El poeta griego que es Sarantis Antíochos siente que le incumbe el encargo que viene de lo profundo de su historia y que aflora continuamente en ese mar real y metafórico multiforme, veteado por la espuma, su flor, mar multisonoro, el antiguo y perenne πολυφλοίσβοιο θαλάσσης de Homero. Un mar que aún se oye siglos más tarde en la polifonía de las lenguas occidentales a las que arribó el mito y que se ofrecen para seguir ellas mismas dando vida a lo que ya les pertenece. Sarantis Antíochos es también poeta en nuestra lengua, que ya hizo suya, como se ve en libros anteriores y como felizmente comprobamos en *Ventana al mediodía*. Aquí, a los versos en griego les suceden en correspondencia los versos en español como olas que nos allegan un mismo mensaje con variación. Tiempo hace que Sarandis arribó a las costas de esta Hesperia extrema por el camino que trazaron sus lejanos ancestros de Zakynthos, la isla vecina de Ítaca, cuando fundaron Sagunto (un nombre que no puede disimular su origen), en la costa del levante hispano, y se adentró al interior de nuestra península.

Hay un Odiseo del mar, pero también hay un Odiseo del interior. En el canto XI de la Odisea, en bajada al Hades, el profeta Tiresias le prescribe al héroe un viaje expiatorio tras su regreso a Ítaca para reparar la afrenta a Poseidón por haber cegado a su hijo Polifemo. Cuando llegue al país de quienes aún no conocen el mar ni naves y un caminante le salga al encuentro y confunda el remo que lleva sobre el hombro con un biello, ha de clavar allí el remo y realizar sacrificios al dios agraviado. A la vuelta de nuevo a su isla, ya bien ordenada tras la expiación, “entonces te llegará la muerte fuera del mar, una muerte muy suave que te consume agotado bajo la suave vejez”. No hay noticia en Homero de que ese último viaje llegara a realizarse tras el agitado regreso y todo queda envuelto en un enigma, muchas veces explotado posteriormente por prolongaciones de muy diversa categoría. La consagración por Dante de un Odiseo centrífugo (ahora Ulises), ávido de conocimiento, que no regresa nunca a Ítaca tras la guerra troyana y desaparece en los bajíos del hemisferio sur tras cruzar las columnas de Hércules, tendría un futuro fecundo en el tratamiento poético del tema. En Tennyson, en Pascoli, en D’Annunzio, Ulises abandona Ítaca para no regresar. Pero la “Segunda Odisea” más cumplida, en un poema de 33.333 versos, quedaría en manos de un griego muy especial y controvertido, el cretense Nikos Kazantzakis. Su Odiseo marcha despechado de su isla al poco tiempo de regresar y tras andar errante a través de todo el continente africano se desvanecerá en el éter en la zona más apartada del mundo, en la Antártida. En esta ocasión que nos reúne ahora sólo cabe recomendar la lectura del pasaje de su *Carta al Greco*, una autobiografía espiritual escrita bastante después de su

primera visita a esta ciudad en el que Kazantzakis habla de su Odiseo. Bastaría compararlo con el poema inspirado y dedicado precisamente al pintor cretense (también incluido en la *Carta*, que en realidad es un informe, en el sentido militar de la palabra, αναφορά dice el título, dirigido a quien considera su superior) para darse cuenta de los paralelismos que se dan entre ambos. Los dos, el navegante y el pintor, tienen rasgos íntimos muy peculiares pero un afán titánico común los impele a ir en pos de esa Creta inmaterial de las alturas, una obsesión épica por la elevación, por transformar la materia en espíritu, que recorre gran parte de la obra del singular escritor, también cretense de Heraclion como el Greco. Para el autor del informe, Toledo sería la Creta transfigurada que inspiró al pintor.

Odiseo, por su azarosa vida y por ser “quien más que nadie ha ofrendado víctimas a los dioses inmortales que poseen el vasto cielo” (así lo reconoce el propio Zeus cuando la virgen Atenea intercede por él en el primer canto de la *Odisea* homérica), encuentra correspondencia en los múltiples exvotos que el Greco con sus cuadros dedicó a la divinidad. Innumerables desde que salió de Creta y llegó a Toledo tras sus recaladas en Venecia y Roma, superado el último duro escollo de El Escorial. El pintor, que como el héroe “anduvo errante y conoció muchas ciudades y la manera de pensar de sus hombres” encontró en esta ciudad del interior, que supo plasmar en su arte como nadie, su anclaje final. “Así, a cualquier puerto adonde me lleves / no me importa. / Allí puede que encuentre la deseada Ítaca / la patria que busco / aunque no se llame Ítaca”, volviendo a los anhelos expresados por los versos de Sarandis Antíochos.

Este poeta adopta ahora el tono más lírico y próximo a la labor del demiurgo, empezando por su sentido más primario como aparece en Homero (“el que trabaja para el pueblo”) hasta su función portentosa como conformador o artífice del universo en Platón, cuando tiene la misión de encarnar las ideas en una realidad ordenada. Así es la gradación que encontramos en la presencia casi permanente del pintor cretense en los aforismos este libro de poesía que presentamos, con su título alusivo *Ventana al mediodía*. La escala comienza por la humilde artesanía que precede a la plasmación de lo grande, de lo sublime, como vemos en las palabras del Greco citadas en el pórtico:

Yo con la experiencia de pintor hallo mejor el mediodía. El problema de la intensidad de la luz no es nada, puesto que se soluciona con un papel encerado y por sí solo pegado en la ventana o en cualquier parte de ella.

Al sol, a la divinidad natural por excelencia, no se le puede mirar de frente. En toda teofanía se necesita un elemento natural más próximo que, en transformación, medie entre la divinidad y la fragilidad humana. Incluso los dioses griegos tan familiares, si se les pide que muestren todo su poder, deslumbran y destruyen. Sémele, madre de Dionisos, queda fulminada al instante cuando se lo pide a Zeus y el poseedor del rayo accede. Una zarza ardiendo sin consumirse, como aparece en la Biblia, es algo asombroso pero puede mirarse al mediar una planta tan cercana, el estremecimiento del espectáculo es entonces soportable (la zarza ardiente, por cierto, está representada en el cuadro de La Inmaculada que tenemos al fondo de este rincón de hospital transformado

ahora en templo). El Greco logra con su tamiz milagroso el dominio de las fuentes de inspiración para acercarnos lo divino y hacérselo accesible, pero en ningún modo fácil, pues la exigencia para la elevación es, al mismo tiempo que la contemplación, el tributo del sacrificio. Al demiurgo platónico, al gran mediador equidistante, ahora el poeta del *mediodía* (Antíochos / Theotokópoulos) le exige el más alto grado de entrega: la consumación, la inmolación en su propia llama:

Arder bellamente y ser visto
a la misma difícil distancia de la Tierra
y de los cielos

Aquí el griego suena como una tesela extraída del mosaico de un diálogo del filósofo ateniense. Quizás sea este el ejemplo mayor a nuestro entender de la maestría de Sarantis Antíochos al servirse de la condensación del aforismo como instrumento indicador de aquello que nos deja a la distancia justa de lo divino, es decir en lo sublime, como ve que lo alcanza, naturalmente con otros medios y proporciones, su paisano el Greco. Una experiencia espiritual en la que la profanación es la garantía de lo sagrado.

Con lo sencillo, reduciendo la materia al mínimo hasta dejar ver el lienzo (así nos lo avisan los analistas) el Greco logra lo máximo, el milagro de la transfiguración de lo que toca en luz desnuda.

El enigma, como la contradicción, no se explica, es la vida, en perpetua regeneración:

Cuando te quites la ropa y te quedas desnudísimo
como aquel tirano o rex
¿Para qué los enigmas descifrados?
AQUÍ NACE OTRA VEZ LA LUZ
EL CUERPO-ACTOR
Y LA PASIÓN

Son los últimos versos que rezan inscritos en el ábside, orientado al sur, de ese oratorio íntimo y profano que es *Ventana al mediodía*, un exvoto lírico al Greco.

Gracias por su atención.

ALFONSO SILVÁN